

BUACLE

De Ingrid Luciano Sánchez



Se escuchan sonidos de un perico mezclados con un bolero viejo. En una mecedora está Úrsula, anciana grandota de piel morena, piernas hinchadas, vestida con una batola, el poco pelo crespo completamente blanco, nariz ancha y ojos tristes. Respira profundo y se mece como si se quedara dormida. Respira. Mira a público.

Úrsula: Puedo sentir todos sus ojos sobre mí. Casi un siglo de mi descendencia perdida por el mundo, sin acordarse de esta pobre vieja. Pero siempre hay un punto de sus vidas en el que miran hacia atrás y aquí estoy yo: la madre que parió a la madre que parió a la madre que los parió. Y se preguntan, “¿tendrá ella la clave de todas mis calamidades?” Tal vez buscan una culpable de su soledad. Tal vez solo una explicación. Yo: génesis o big-bang, la cuca donde todo inició.

Úrsula estalla de la risa por su propia ocurrencia.

Extraño la risa de Quico imitando la mía. Algunos de ustedes lo conocieron, sí al perico que nos acompañó durante 30 años. Otros, ni siquiera se dignaron a visitar esta casa donde cada mueble, adorno, vajilla, cuadro, sábana o prenda de vestir tiene un pedazo que también es suyo y que ha sido construido con tanto esfuerzo. Un siglo de sudor, vendiendo boletos de lotería desde los 4 años, levantando una tienda junto a la casa, pariendo, criando, limpiando, cocinando, guayando para decir “esto es mío”, para decir que les he dejado algo... con poca o nula ayuda de los hombres de esta familia, que se crían tan bien hasta que les nacían barbas y entonces se dedican a librar guerras inútiles, negociar con su moral e iniciar empresas imposibles... Todo, ¿para qué?

Respira. Tararea un bolero.

Tal vez piensan que no han venido hasta aquí para escucharme planchar mis melancolías. Puede que tengan razón. Sin embargo, vine al mundo con melancolía y con ella me iré. Ha sido mi acompañante más fiel en estos cien años de vida. El resto siempre se va o se muere, aunque se queden rondando los rincones de la casa, indicándome dónde están las cosas que ya solo veo borrosas, espiándome en el baño, haciéndome historias de antaño, visitándome en sueños o mirándome fijamente, ya no están. Se han ido al lugar del que nadie vuelve a menos que sea como un espectro.

Se escucha un quejido leve de Quico.

Ahí apareciste, Quico. Óiganlo ahí. A veces solo vuelve para quejarse. (Hablando más alto hacia afuera) No te enojas, Quico. No eres el único espectro que me rodea. José Arcadio, Amaranta, Aureliano, Remedios, Rebeca,

todos se la pasan rondando los rincones. Además, ¿qué otra cosa pueden ser esos ojos que me miran? A lo mejor yo también me quedaré en esta mecedora como un espectro cuando me llegue la parca. Total, ¿qué diferencia puede haber entre esta vida y la muerte?

Mira fijamente al público mientras tararea un poco más.

Anoche soñé con Rebeca. Estaba limpia y bien vestida, como casi nunca en los últimos tiempos. Me miraba mientras dormía y me sonreía con todos sus dientes. Yo abría los ojos desde la cama, le señalaba la boca y me reía preguntándole “¿Dónde compraste tantos dientes?”

Ríe. Se escucha al perico imitar su risa.

¿Eso es, Quico! Ahí está esa risa que me hace eco y acompaña. Me reí tanto que me desperté orinándome en la cama.

La risa de Úrsula va mermando.

Sé bien lo que significa soñar con dientes, y más si son los dientes de una difunta. Quico y yo, ambos sobrevivimos más allá de los pronósticos. Cuando lo trajeron nos dijeron “Esos pájaros pueden llegar a durar hasta 20 años, y eso si los cuidan bien”. Pues, llegué hasta los 30 y yo, estoy a apenas minutos de cumplir los 100. Yo, que pensé que a los 90 ya estaba robándole años al tiempo, pues sobreviví a cada uno de mis hijos y aquí sigo, de la cama al baño, del baño a la mecedora, de la mecedora al baño otra vez, del baño a la cama, de la cama al baño, del baño a la mecedora, de la mecedora al baño, del baño a la cama, de la cama al baño, del baño a la mecedora, de la mecedora al ba...

Quico la interrumpe con chillidos.

Mi vida ha vuelto a ser tan repetitiva como cuando trabajaba en la fábrica de fósforos. A que no sabían eso de mí. Alineaba los palitos, sacaba los imperfectos, los metía en la cajita, alineaba los palitos, sacaba los imperfectos, los metía en la cajita... ¿Acaso no será el tiempo un gran bucle? Yo soy la repetición de mi madre. Mis hijas son la repetición mía; mi hijo la repetición de mi difunto esposo. Y ustedes, mis descendientes son repeticiones de mis hijos y nietos. Se crearán repeticiones mejoradas por no haber tenido que pasar todas las calamidades de mi generación. No han vivido la dictadura abierta y franca. Al contrario, han estado bajo esta democracia pueril, donde ya no desaparece la gente por política. Ya no hay derecho ni a tener ideas por las que morir. Ahora la gente elige un monigote cada tantos años y apenas muere de hambre o por cosas puramen-

te accidentales, como ser mujeres o inmigrantes. Y los esbirros de ayer son los homenajeados de hoy, y se mueren tranquilos y de viejos, revolviéndose en la mierda de sus pañales, igual que una.

Silencio.

¡Quico! ¡Quico!

Quico responde con un chillido. Úrsula respira aliviada.

No te quedes así en silencio. Me arrepiento de haberte dejado ahí de castigo, pero a veces no sé qué es más insoportable y ensordecedor: tu chillido o tu silencio. Esa obsesión tuya de cantarme las mañanitas cuando todavía no había llegado mi cumpleaños me parecía un mal presagio. Pero ahora no aguanto la soledad de estos ojos que me miran. ¿Qué es lo que quieren? ¿Qué respuesta buscan?

Úrsula hace un esfuerzo de levantarse de la mecedora, pero le duele mucho. Se queda sentada. Mira desafiante al público.

Sí, los veo. Puedo sentir todos sus ojos sobre mí, el peso de su mirada, su intriga, su búsqueda. Son ojos que observan sin mirar, sin verme, sin comprender que soy yo quien busca respuestas, que soy de carne y hueso y necesito alguna brújula que me indique el sentido de este bucle interminable que no sé si tendré que soportar durante 100 años más. No quiero quedarme aquí como un espectro aguantando sus miradas. Si cuando todo se acaba, todo continúa igual, ¿qué sentido tiene la muerte? ¿Eh, Quico? ¡Respóndeme tú, Quico! ¡Tú que estás en el más allá debes saber!

Silencio. Luego de un momento de tensión, Úrsula estalla en una gran carcajada, que Quico, poco a poco, vuelve a imitar. Úrsula mira al público, como si hubiera obtenido las respuestas que buscaba.

El silencio siempre ha sido tu más sabia respuesta.

Se levanta con poca dificultad. En penumbras, trae al perico en un hombro. Se sienta en la mecedora y con un fósforo enciende una velita de cumpleaños que ilumina el rostro de Úrsula y a Quico. Se mecen suavemente. Úrsula sonríe con una paz que no había tenido antes.

Vamos, Quico, ahora ya puedes cantar. Aquí estamos tú, yo y la melancolía. No hace falta más.

Quico tararea algo parecido a “Las mañanitas” en un tono triste. Úrsula respira profundo, lentamente cierra los ojos y entrega su peso a la gravedad. Quico apaga la vela. Oscuridad.

Ingrid Luciano Sánchez (República Dominicana). Dramaturga, directora, actriz, docente e investigadora de teatro y filosofía. Autora del libro de ensayo “Prostitutas”: una ventana a la dramaturgia dominicana (1957-2021)” (EUB, 2023). Entre sus publicaciones teatrales: “Bebé” (Universidad de Antioquia, 2023), “Yahaira” (junto a

María I. Bosch: Revista Conjunto, 2022), “Cuenta, Yova, cuenta” (CELCIT, 2022); “Cuecos” y “Estratos” (Casa de Teatro, 2021) y “Poete de la calle o historia de dos nadie” (CELCIT, 2020). Coordina el proyecto Drama Caribe.